

La concepción del intelectual en Bobbio

LAURA BACA OLAMENDI

"Respecto al desarrollo del curso histórico, los intelectuales a veces están anticipados, a veces están en retraso, raramente están en horario. Por lo demás, su función no es aquella de decir qué hora es; esto es, de registrar lo que pasa; sino de inventar el futuro o de redescubrir el pasado."¹

NORBERTO BOBBIO

LAURA BACA
OLAMENDI,
profesora-
investigadora de
la Universidad
Autónoma
Metropolitana,
ciudad de
México.

En sus numerosos escritos sobre el tema de la relación entre política y cultura, el filósofo turinés ha constatado la existencia de una gran variedad de modos para caracterizar a los intelectuales, de acuerdo con las definiciones, tipologías y figuras diferenciadas que han propuesto las diversas corrientes de pensamiento. Del resto, el tema de los intelectuales es perenne, porque constricta inevitablemente a replantear uno de los puntos cruciales de la filosofía occidental representado por la relación existente entre la teoría y la praxis, entre el pensamiento y la acción, o dicho de otro modo, entre la política y la cultura. Es precisamente a través del modo de

entender esta relación que se han justificado los distintos análisis –muchas veces contrapuestos– que tienen como fin estudiar el universo que rodea a los intelectuales.

¿QUIÉNES SON LOS INTELECTUALES?

Para responder a esta pregunta, Norberto Bobbio ha propuesto *in primis* la necesidad de formular una distinción entre las formas del poder. Un primer criterio es aquel de la tipología de los diferentes poderes: el económico, el ideológico y el político, es decir, del poder que deriva la riqueza, del saber y de la fuerza. Esta tipología puede ser considerada como un elemento constante en las teorías sociales contemporáneas y, por lo tanto, nos permite tener presente que, a diferencia del poder económico², y del poder político³, el poder ideológico tiene una importancia social por el hecho de haber sido ejercitado por los más diversos sujetos: por los sacerdotes en las sociedades tradicionales, así como por los literatos, por los científicos, por los técnicos y, finalmente, por los llamados 'intelectuales', en las modernas sociedades secularizadas.

1. Norberto Bobbio, *La Cultura italiana tra 800' e 900'*, Florencia, Leo Olschki editori, 1981, p.10.

2. El poder económico puede ser definido como "aquel que se vale de la propiedad de ciertos bienes, necesarios o considerados como tales, en una situación de carestía, para inducir a todos aquellos que no los poseen a tener una cierta conducta, consistente principalmente en la ejecución de un trabajo útil": Cfr. Norberto Bobbio, *Stato, governo e società*, Turin, Einaudi, 1985, p.73.

3. El poder político, según Bobbio, utiliza como medio específico "la fuerza". Este tipo de poder ha sido siempre considerado el *sumo poder*, porque en cualquier sociedad, quién lo detenta puede ser considerado como el grupo dominante. Ibidem, p.73.

En efecto, según Bobbio, el poder ideológico es aquel que, a través del control de ciertas formas de saber –sean doctrinas, principios o códigos de conducta– ejercita una cierta influencia sobre el comportamiento de los demás, incitando o persuadiendo a los diversos miembros de un grupo o una sociedad a llevar a cabo una acción. A diferencia del poder económico y del poder político, el poder ideológico se ejerce con la palabra y, en especial, a través de signos y símbolos. En este sentido, el poder ideológico es aquel que se ocupa de la organización del consenso y del disenso⁴. Según Bobbio, la importancia de este poder deriva del hecho de que gracias al proceso de socialización se han difundido, por parte de «aquellos que saben» –sean sacerdotes, literatos o intelectuales–, los valores y las normas cuya aceptación es necesario para que los diferentes grupos sociales se mantengan unidos.

EL ORIGEN DEL NOMBRE

Para poder establecer quiénes son los intelectuales es indispensable iniciar con la etimología de la palabra. Bobbio subraya que, si bien el tema es antiguo, el nombre es relativamente reciente: «el término es introducido cuando se comienza a discutir sobre el problema de la incidencia de las ideas sobre la conducta de los hombres en sociedad y puede remontarse, en general, al ruso *intelligencija*⁵.

El significado del término ‘intelectual’ no se puede dissociar de aquel de intelecto o de inteli-

gencia y, por lo tanto, «del uso prevalente de operaciones mentales y de instrumentos de investigación» que tienen relación con el desarrollo de la ciencia. En el sentido moderno de la palabra, es difícil ‘alargar’ este concepto tanto a los representantes y a los ‘depositarios de la sabiduría’ de las sociedades primitivas, como a los sacerdotes, en las sociedades eclesiásticas. En el mundo contemporáneo, el término ‘intelectual’ se ha convertido en una palabra del lenguaje común, usada generalmente –según las diversas interpretaciones– para designar un grupo, un rango, una categoría o una clase social. Sin embargo, Bobbio advierte que, independientemente de la interpretación que se utilice en su definición, los intelectuales tienen «una propia función específica y un propio rol en la sociedad»⁶. El significado del término –utilizado generalmente en plural y como nombre colectivo– ha evolucionado sin perder del todo la connotación de ‘antagonista del poder’, entendida principalmente como una posición de distancia crítica. Para el filósofo italiano tal distancia significa, sobre todo, que el intelectual, respecto a la política, debe ser «independiente pero no indiferente»⁷.

A pesar de que estos sujetos históricos han sido prevalentemente llamados ‘intelectuales’, no se debe olvidar que, cuando se discute sobre su origen y su función, estos sujetos han existido siempre, con diferentes nombres, según los tiempos y las sociedades: sabios, doctos, filósofos, clérigos, hombres de letras, literatos⁸.

A juicio de Bobbio, el antecedente histórico más convincente de los intelectuales de hoy puede

4. Bobbio precisa que en la sociedad civil «se verifica el fenómeno de la opinión pública entendida como la expresión del consenso y del disenso en relación con las instituciones, que puede ser transmitida a través de la prensa, la radio y la televisión». La sociedad civil representa, además, el lugar en donde se forman los procesos de deslegitimación y de re legitimación, los cuales están estrechamente vinculados con los diversos actores sociales, entre ellos, de manera especial, los intelectuales. En este sentido, es fácil concluir que el ámbito de la sociedad civil es el espacio idóneo para ejercitar la función de los intelectuales. Cfr. Norberto Bobbio, *Stato governo e società*, cit. p.27.

5. Según Bobbio en el particular contexto de la historia de la Rusia pre-revolucionaria, el término fue utilizado por primera vez por el escritor Boborykin y fue difundido durante los últimos decenios del siglo. Con este concepto se puede indicar al conjunto de libres pensadores, sean escritores, políticos o críticos literarios, que inician, promueven y hacen explotar el proceso de crítica a la autocracia zarista. Cfr. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, en «Enciclopedia di Novecento», Roman, EII, 1978, p. 802. Para una mayor profundización del tema, se pueden consultar también otros estudios de tipo etimológico: AA.VV. *Intellettuali*, en «Dizionario di Política», Turín, UTET, 1983, p.555; AA.VV., *Intellettuali*, en «Dizionario di Política e Scienze Sociali», Florencia, La Nuova Italia, 1991, p.443; y AA.VV., *Intelligentia*, en «A Dictionary of the Social Sciences», The Free Press, N.Y., 1964, p.341.

6. Norberto Bobbio. *Intellettuali*, cit. p. 802.

7. Norberto Bobbio, «I pre e post dell'intellettuale», en *La Stampa*, 23 de noviembre de 1977, p.2

8. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, cit. p.799.

ser representado por los *philosophes* del siglo XVIII⁹. Por otro lado, el descubrimiento de la imprenta en el mundo moderno permitió la multiplicación de los mensajes y aumentó el número de aquellos que viven no sólo «para las ideas sino también de las ideas»¹⁰.

En este contexto, la figura típica del intelectual se transforma en aquella del escritor y del autor de libros. Además, con la difusión de la radio y de la televisión, se ha extendido enormemente el espacio y la influencia de la palabra hablada sin que haya disminuido por esto la importancia de la palabra escrita. La consecuencia de este fenómeno ha sido la formación de una siempre más amplia opinión pública que constituye el referente principal de los intelectuales. En cierto sentido, el fenómeno de la formación de la opinión pública y aquel de los intelectuales en la «dimensión moderna de la palabra» son, a juicio de Bobbio, fenómenos concomitantes.

DEFINICIONES

De acuerdo con Bobbio, es posible formular una clasificación sobre quiénes pueden ser los intelectuales, con base en diferentes criterios de definición¹¹.

El primer criterio, que es posible reconocer, es el relativo al 'tipo de trabajo', que se expresa en la distinción entre 'trabajo manual' y 'trabajo intelectual'.

Esta distinción, que contrapone el oficio del artesano a las diferentes profesiones intelectuales, tiene un carácter extensivo ya que delimita sólo dos grandes ámbitos: aquel de quien puede ser llamado 'intelectual' y aquel de quien no puede ser denominado en este modo. Para Bobbio, existe un segundo criterio de definición que se refiere sobre todo a la distinción más amplia del 'traba-

jo intelectual'. Esta caracterización puede presentar dos dimensiones: «una acepción amplísima que comprende en la definición a todos aquellos que realizan un trabajo no manual, y una acepción restringida que comprende solamente a los llamados *maitres penseurs*»¹².

Para el autor, ambas acepciones son útiles para dar una descripción neutral del término porque tienden a sobreponer dos definiciones de intelectualidad y a presentar una confusión entre el significado del sustantivo y el significado del adjetivo. En efecto, en la primera definición prevalece el significado del adjetivo, es decir, se toma en consideración la expresión 'trabajo intelectual' contrapuesto a 'trabajo manual'. Al contrario, en la segunda definición prevalece el significado del sustantivo y la distinción se refiere a dos acepciones de mayor o menor extensión. En relación con la primera definición, Bobbio advierte que comprende a aquellos que hacen obras de producción artística, literaria o científica; también pueden ser incluidos aquellos sujetos que transmiten el patrimonio cultural adquirido o aplican invenciones o descubrimientos hechos por nosotros: «a los creadores o a los comentadores para usar la distinción realizada por Weber entre los 'profetas' (aquellos que anuncian el mensaje) y los 'sacerdotes' (aquellos que lo transmiten)»¹³.

Según Bobbio, estos dos criterios corresponden a dos diversas categorías de intelectuales: la primera se refiere a todos aquellos que ejercitan un trabajo intelectual en sentido amplio, y la segunda, a los diversos tipos de trabajos intelectuales. Ambas definiciones plantean problemas profundamente diferentes porque, si bien es cierto que un intelectual desarrolla un trabajo no manual, esto no implica necesariamente que todos aquellos que ejecutan un trabajo no manual sean intelectuales. En realidad, aquello que caracteriza al intelectual, según Bobbio, no es tanto el

9. En 1753, D'Alembert, quien representa uno de los promotores de la «Enciclopedia», escribió *Essai sur les gens de lettres*. Esta obra puede ser considerada «como el primer tratado en el sentido moderno sobre el problema de los intelectuales». Cfr. *Intellettuali*, en «Dizionario di Política», op.cit., p.556. No obstante, la palabra 'intelectual' fue recuperada y utilizada en Francia, en ocasión del caso Dreyfus, durante el cual un grupo de grandes personalidades, entre los que se destacaban Emile Zola y Marcel Proust, firmaron en 1898 el *Manifeste des Intellectuels*. Cfr. *Intellettuali*, en «Dizionario di Política e Scienze sociali», op.cit., p.443.

10. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, cit, p.802.

11. A diferencia de la propuesta bobbiana, una vertiente de la literatura sociológica define a los intelectuales con base en cuatro criterios: a) el poseer una instrucción o 'cultura superior'; b) la especialización en una determinada actividad mental; c) el comportamiento en relación con la autoridad y las instituciones; d) la colocación dentro de la estructura de clase. Cfr. *Intellettuali*, en «Dizionario di Sociología», Turín, UTET, 1978, p. 391.

12. Norberto Bobbio, *Gli intellettuali e potere*, op.cit., p.65.

13. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, op.cit., p.800.

tipo de trabajo como la específica función que realiza. Para el filósofo turinés, es posible establecer un tercer criterio de definición que puede ser considerado como una 'acepción intermedia', referida sobre todo a 'qué cosa' hacen los intelectuales. Desde este punto de vista, comprende a todos aquellos sujetos que son creadores, portadores y difusores de ideas¹⁴.

Más exactamente, se puede decir que son intelectuales todos aquellos que 'de hecho o de derecho', en un determinado período histórico y en precisas circunstancias de tiempo y de lugar, son considerados como los sujetos a los cuales ha sido asignada la función de elaborar y de difundir conocimientos, teorías, doctrinas, ideologías, concepciones del mundo o simples opiniones, las cuales constituyen los sistemas de ideas de una determinada sociedad¹⁵. Tal definición puede ser correctamente limitada a *men of ideas*¹⁶ y, aunque es una definición muy genérica, sirve para evitar la confusión que se presenta con la distinción entre los 'intelectuales' y todos aquellos que desarrollan un trabajo intelectual, en el sentido de trabajo no manual. Por lo tanto, puede ser considerado intelectual quien tiene que ver con la elaboración y la transmisión de las ideas, aunque no hay que olvidar que, en los últimos tiempos, esta definición ha originado diversos modos de presentar y concebir la función de los intelectuales. Bobbio considera más apropiado plantear el problema ubicando el término en una dimensión neutral. De hecho, afirma que los intelectuales no constituyen jamás, excepto en el caso de las sociedades teocráticas, los depositarios de un cuerpo de doctrinas. El uso neutral del término, que presupone la inexistencia de juicios de valor -según los cuales los intelectuales pueden ser, para algunos, buenos y, para otros, malos-, permite el estudio de la influencia de las ideas en el desarrollo de una determinada

sociedad. En otros términos, el problema de los intelectuales se presenta «cuando se habla de la incidencia (o de la falta de incidencia) de las ideas sobre la conducta de los hombre en la sociedad»¹⁷.

Respecto a la existencia de otras posibles definiciones, Bobbio sostiene que no se debe considerar a los intelectuales como representantes de una 'categoría homogénea' o, peor aún como una 'corporación', tal como aquella de los médicos; o como una 'casta', tal como aquella de los militares. Existen muchas otras definiciones que demuestran la multiplicidad y la contradictriedad de los conceptos que pueden ser comprendidos dentro de la simple expresión de 'intelectual'; por ejemplo, «Intérprete y portavoz del espíritu, misionero o funcionario de la humanidad, guardián de la verdad eterna, tutor o pedagogo de la nación (...) o, al contrario, 'crítico y antagonista del poder, vanguardia de la clase revolucionaria, guardián feroz de la ideología' y, según las circunstancias, 'comprometido o indiferente'»¹⁸.

Todas estas definiciones tienen un nexo con todo aquello que se relaciona con las ideas. En otros términos, si se quiere limitar la extensión del concepto de modo que se haga utilizable, es necesario tomar en consideración a todos aquellos que se ocupan profesionalmente de las ideas¹⁹. En este sentido, Bobbio propone una definición muy precisa: «Los intelectuales son todos aquellos para los cuales el transmitir mensajes es la ocupación habitual y consciente, y para decirlo en un modo que puede parecer brutal, casi siempre representa también el modo de ganarse el pan»²⁰.

En síntesis, en cada época histórica han existido, al interior de cada sociedad, representantes del poder ideológico; sin embargo, cuando hoy se habla de intelectuales se hace referencia a un fenómeno específicamente moderno que está

14. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, op.cit. p.798.

15. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, op.cit. pp. 798 y 799.

16. La definición es formulada por A. Coser en *Men of ideas*, New York, 1965. Citado por Bobbio en *Intellettuali*, op.cit., p.799; y en «Quali intellettuali e per quale politica», en *Avanti!*, año LXXXIII, N° 35, 11-12 febrero 1979, p.9.

17. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, op.cit. p.798.

18. Norberto Bobbio, «Le colpe dei padri», en *Il Ponte*, año XXX, N° 6, junio 1974, p.657.

19. Es conveniente aclarar que las 'ideas' pueden ser definidas como todo aquello que es trasmisible de mente a mente: un pensamiento, un estado de ánimo, una emoción, una información, una entera doctrina, etc. Estas ideas pueden ser también llamadas mensajes y su transmisión se lleva a cabo prevalentemente a través del lenguaje oral y escrito: «si bien, todos los sujetos hablan y transmiten ideas, existe una categoría de personas para las cuales el hablar y también el escribir, el transmitir ideas, es considerado su ocupación habitual, en una palabra, su profesión». Cfr.Ibidem, p.657.

20. Norberto Bobbio, *Quali intellettuali e per quale politica*, op.cit., p.9.

vinculado a la «separación de la ciencia mundana, la cuál antes estaba dirigida a la naturaleza y que sólo posteriormente se ocupó del estudio del hombre y de la sociedad». En este sentido, es posible reconocer, a lo largo de la historia, diferentes 'figuras de intelectual', las cuales son un producto específico de las diversas concepciones que han existido sobre la función de los intelectuales. Antes de iniciar el análisis de acerca de esta temática es importante mencionar dos aspectos que Bobbio considera fundamentales para una correcta definición de los intelectuales: se trata, por un lado, de la importancia que tiene el momento histórico en la definición de los intelectuales y, por el otro, de cuál es su responsabilidad histórica. Veamos esto en detalle.

EL INTELECTUAL COMO PRODUCTO DE SU CIRCUNSTANCIA HISTÓRICA

Según Bobbio, los intelectuales son expresión de la sociedad en la cuál viven y, en este sentido, es posible verificar un vínculo estrecho entre el intelectual y su tiempo: «cada sociedad, en cada época, ha tenido sus intelectuales, es decir, un grupo más o menos extenso de individuos que ejercitan el poder espiritual o ideológico en modo contrapuesto al poder temporal o político».²¹

En este sentido, uno de los criterios para distinguir los diferentes tipos de sociedades puede ser el mayor o el menor poder que tienen los intelectuales respecto a otros grupos sociales: «en un extremo se encuentran las sociedades ideales, en las cuales los intelectuales están en el poder y para las cuales han sido acuñadas diversas expresiones como: clerocracia (caracterizada por el dominio de los sacerdotes); ierocracia (que se distingue por el dominio de los eruditos); sofocracia (donde dominan los filósofos), ideocracia (donde el gobierno se funda sobre la imposición de los principios ideológicos) y logocracia (que es el gobierno de los retóricos). Al otro extremo se encuentran las sociedades

reales, en las cuales el principio central que las pone en movimiento es adverso a la 'inteligencia': la plutocracia (caracterizada por el dominio de la riqueza), la bancocracia (donde el poder lo detentan las bancas), la strateocracia (donde gobernán los militares)»²².

Según Bobbio, esta diversa ubicación se encuentra estrechamente ligada con la responsabilidad que los intelectuales tienen con su momento histórico. En efecto, antes de concluir, consideramos necesario ocuparnos brevemente de la concepción 'bobbiana' acerca de la responsabilidad histórica de los intelectuales. En relación con esta problemática, nuestro autor afirma que cuando en el escenario político irrumpen una acción, un movimiento o una iniciativa que no corresponde a los 'esquemas tradicionales', en realidad se está discutiendo, con particular intensidad, sobre las relaciones que existen entre los intelectuales y la política; y, en tal sentido «se repropone el debate sobre la responsabilidad de los hombres de cultura frente a los problemas cruciales de su tiempo»²³.

La primera referencia a esta problemática la encontramos en 1954, cuando afirma que los intelectuales «no tienen privilegios, sino deberes y funciones» y que, por lo tanto, no es correcto atribuir «la responsabilidad de su esterilidad a la sociedad sino más bien a sí mismos (...) cada sociedad tiene los intelectuales que le convienen y si la sociedad es convulsionada o atrasada o enferma, los grupos intelectuales no pueden no resentirlo. Entre más atrasada es la sociedad, más los intelectuales son retóricos, ideólogos, despreciadores de las técnicas, exaltadores de un saber contemplativo que pregonan la propia total inutilidad»²⁴. Esta afirmación demuestra que los intelectuales no sólo existen, sino que también ejercitan una influencia real, la cual es necesario tomar en consideración. Con este propósito, es importante aclarar que el 'concepto de responsabilidad', puede ser entendido como el deber de calcular, antes de actuar, las consecuencias de las propias acciones²⁵.

21. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, op.cit., p.801.

22. Ibidem, p.801.

23. Norberto Bobbio, *Presenza politica della cultura*, op.cit., p.309.

24. Norberto Bobbio, «Intellettuali e vita política in Italia», en *Política e Cultura*, op.cit., p.130.

25. Cuando se dice que una persona es responsable, se puede entender dos cosas distintas: a) que responde de las propias acciones de frente a alguien que está arriba de ella; b) que actuó dándose perfecta cuenta de las consecuencias de las propias acciones». Cfr. Norberto Bobbio, «La crisi è permanente», en *L'utopia capovolta*, Turín, La Stampa, 1990, p.49.

Por un lado, según Bobbio, se dice responsable o mejor dicho que tiene sentido de responsabilidad, a un hombre que antes de actuar se preocupa de prever cuáles serán los efectos de su acción. En cambio, se dice irresponsable a aquel que actúa por su propia cuenta u obedeciendo a principios en los cuales cree ciegamente sin preocuparse de lo bueno o malo que se pueda derivar de sus acciones. Del mismo modo, nuestro autor presenta en términos muy claros qué entiende por responsabilidad de los intelectuales: «Independientemente de la sociedad y del período histórico en el cual viven, los intelectuales pueden sostener cualquier razonamiento y comportamiento: siempre serán inocentes». Al respecto afirma de manera muy dura que: «es demasiado cómodo, en verdad demasiado cómodo, separar las obras del intelecto de la historia que las ha generado y de aquella que ellos han contribuido también, por vías indirectas, a generar, para colocarse en una especie de *status nature incorruptae*, en un estado de perpetua inocencia, no manchado por el fango de la historia»²⁶.

Los intelectuales, según Bobbio, deben ser considerados responsables de aquello que escriben y de aquello que hacen y, por lo tanto, es importante reforzar la convicción de que existe una precisa y bien identificable responsabilidad entre las cosas del mundo y la función de los intelectuales. Del mismo modo ellos deben atribuir la falta de responsabilidad a sí mismos y no a la sociedad en la cual viven. En esta perspectiva, los intelectuales deben asumir la responsabilidad de sus decisiones y de las consecuencias que se derivan de su estrecha vinculación con la forma en que se ejerce el poder ideológico. De acuerdo con esta interpretación, es indispensable ser conscientes de que hoy han cambiado enormemente las dimensiones de este poder y los medios con los cuales los intelectuales pueden hacer conocer y hacer valer las propias ideas. Bobbio sostiene que el aumento y la extensión de este poder debe ser equivalente a un incremento en la responsabilidad: en efecto, «hablar de la responsabilidad de los intelectuales significa que también ellos, como todos, deben responder a alguien»²⁷.

Para los intelectuales, la responsabilidad ha sido siempre, moral y jurídicamente, un hecho subjetivo e individual; en cambio, Bobbio propone que el intelectual deba responder, en primera persona, por sus propias ideas. En este sentido, sostiene que el problema de la responsabilidad tiene dos aspectos: el primero se refiere a la responsabilidad «como conciencia de la propia acción»; el segundo, en cambio, se relaciona con «hacia quién se es responsable». Es en tal contexto que resulta importante tener presente que, independientemente del lugar que ocupan los intelectuales en la sociedad, estos tienen una precisa responsabilidad histórica. Al respecto, debemos mencionar un último aspecto en la caracterización que Bobbio realiza sobre el problema de los intelectuales y que se refiere a la 'función política' que desempeñan los hombres de cultura.

TAREAS O FUNCIONES

Algunos de los problemas que con mayor frecuencia surgen cada vez que se discute sobre la función de los intelectuales en la sociedad son representados por los siguientes aspectos: a) si ellos constituyen un grupo o una clase; b) si tienen una función específica y, de ser así, cuál es ésta; c) su tarea y si este rol puede tener un carácter político. Respecto al debate relacionado con el problema de si los intelectuales constituyen un grupo o una clase, Bobbio sostienen que, de acuerdo con las diversas interpretaciones, se presume que los hombres de cultura forman parte de un grupo, de una categoría o de una clase social y que, por tanto, tienen una «función propia y un rol específico en la sociedad»²⁸.

Por este motivo, es importante tener presente que aún cuando los intelectuales puedan ser considerados un grupo, una categoría o una clase, esto no significa que todos aquellos que ejercitan la profesión de las ideas la concibran del mismo modo. En efecto, por cuanto se refiere a su tarea o su función, nuestro autor afirma que es necesario partir nuevamente de una definición neutral que considere al intelectual como aquel sujeto que

26. Norberto Bobbio. *¿Qué socialismo?*, Turín, Elinaudi, 1976, p.91.

27. Norberto Bobbio, *Presenza politica della cultura*, op.cit., pp.313 y 321

28 Norberto Bobbio, *Intellettuali*, op.cit. p.802 (Los destacados son míos).

«no hace cosas sino que reflexiona sobre las cosas, no maneja objetos sino símbolos y que sus instrumentos de trabajo no son las máquinas sino las ideas». En este sentido, a los intelectuales les corresponde la función múltiple de «incitar, exaltar, fomentar, persuadir y disuadir, aconsejar, convencer, amenazar y terrorizar, educar y meleducar, liberar y oprimir, estimular y desestimular, seducir, alabar, sugestionar, y naturalmente, también algunas veces, hacer reflexionar»²⁹.

En realidad, cuando se discute sobre el rol de los intelectuales, resulta evidente que algunos autores han tratado de «definirlos despectivamente como aquellos que se dedican a la creación del consenso (se entiende del consenso de los poderosos del momento)». Una afirmación de este tipo, sin embargo, parece olvidar nuevamente, por un error de falsa generalización, que existen también en el extremo opuesto, intelectuales que practican el disenso³⁰.

De este modo, Bobbio sostiene que a lo largo de la historia es posible constatar la existencia de diversas interpretaciones sobre la función del intelectual y que cada una de estas corrientes de pensamiento ha propuesto, a su vez, diferentes tipologías y modelos. Sin embargo, para nuestro autor es importante tener presente, por un lado, que «todas las definiciones son convencionales, es decir, dependen del uso que quien habla o quien escribe hace de este concepto»³¹ y, por el otro, que cada una de estas definiciones están circunscritas a una determinada sociedad y a un determinado momento histórico. Es importante precisar que esta problemática, siempre incesante, obliga a quien se ocupa del tema a interrogarse constantemente sobre uno de los 'nudos cruciales' del pensamiento en Occidente, representado por una pregunta relativa a la relación existente entre el mundo de las ideas y el mundo de las acciones³².

En efecto, es gracias al modo diferenciado de entender esta relación que se justifica la plurali-

dad de análisis que tienen por objeto el estudio de los aspectos que forman parte del mundo de los intelectuales. En esta perspectiva y de acuerdo con Bobbio, se puede derivar una primera conclusión referida al hecho de que el hombre de cultura expresa tanto las necesidades como el sistema de valores y los ideales de su tiempo. Para analizar la propuesta 'bobbiana' sobre el carácter político de la función de los intelectuales es necesario referirse sobre todo a 'qué cosa' hacen los intelectuales, ya que de este modo resulta evidente que sólo a través de una acepción neutral del término 'intelectual', es posible considerarlos como aquellos sujetos que son «creadores, portadores y difusores de ideas»³³.

La caracterización de la función política de los intelectuales tiene un polifacético punto de partida: el ejercicio del poder ideológico a través del diálogo y de la práctica del espíritu crítico. En realidad, aquello que caracteriza al intelectual, según Bobbio, no es tanto el tipo de trabajo que desempeña como el propio rol que juega en la sociedad. En tal contexto, la función de los intelectuales se encuentra directamente relacionada con todo aquello «que se puede hacer con las ideas, es decir con aquellos medios de formación del consenso y del disenso»³⁴.

La ventaja que nos ofrece la definición 'intermedia', propuesta por el filósofo italiano, radica en el hecho de que es posible evidenciar que la función del creador de ideas posee un carácter político, sobre todo porque los intelectuales establecen un vínculo estrecho con el contexto histórico en el cual viven y actúan, aún cuando explícitamente decidan no tener ningún contacto con la realidad que los rodea.

¿CUÁL FUNCIÓN POLÍTICA?

Hemos afirmado que uno de los puntos centrales de la propuesta 'bobbiana' sobre las rela-

29. Norberto Bobbio, «Le colpe dei padri», en la revista *Il Ponte*, año XXX, Nº 6, junio 1974, p.757.

30. Norberto Bobbio, *Gli intellettuali e il potere*, op.cit., p.65. Sobre la diferencia que existe entre los tipos de consenso, Bobbio afirma que existe una distinción entre consenso obligatorio y consenso libre: «el consenso es presentado como prueba de la bondad de un régimen (...) en efecto, ¿qué valor puede ser atribuido al consenso cuando el disenso no está permitido? ¿cuando el ciudadano no es libre de escoger entre consenso y disenso?». Cfr. Norberto Bobbio, «Ma che cosa è questo socialismo», en *Le ideologie e il potere in crisi*, Florencia, Le Monnier, 1981, p.39.

31. Norberto Bobbio, *Gli intellettuali e il potere*, op.cit., p.65.

32. Norberto Bobbio, *Gli intellettuali e il potere*, op.cit., p.64.

33. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, op.cit., p.798.

34. Norberto Bobbio, *Le colpe dei padri*, op.cit., p.657.

ciones entre política y cultura radica en que los intelectuales son «difusores de ideas» y que, a través del 'coloquio', ejercitan una específica función política. Es necesario precisar que, según nuestro autor en el mundo contemporáneo se han ido afirmado diversas concepciones a raíz de esta función y que, para analizarlas en modo exhaustivo, es necesario distinguir también la concepción que los intelectuales tienen acerca del poder político. Al respecto, Bobbio considera que el problema del poder político puede ser analizado desde dos puntos de vista diferentes: de un lado, *ex parte principis* y, del otro, *ex parte populi*. «El primer punto de vista corresponde a aquel que se comporta como consejero del principio y que presume o finge ser el portador de los intereses nacionales, hablando en nombre del Estado; al contrario, el segundo punto de vista corresponde a aquel que se coloca como defensor del pueblo o de la masa, ya sea esta concebida como una nación o como una clase explotada»³⁵.

De acuerdo con esto, la respuesta depende del juicio que se tiene sobre el poder político. Cada intelectual, cuando responde a este interrogativo, coloca su propia actividad en dos ámbitos distintos que pueden ser: aquel del poder constituido o aquel del poder constituyente. Por otra parte, los mismos intelectuales pueden representar posiciones diversas de acuerdo con los diferentes momentos históricos sin sentirse en contradicción consigo mismos³⁶.

Según Bobbio, existen dos concepciones antagónicas: la primera, representada por quienes exaltan la vida contemplativa por oposición a la vida activa y rechazan a aquellos que se pierden en las tentaciones del mundo; la segunda, representada por quienes consideran que el hombre de cultura tienen el deber de comprometerse con la acción política porque fuera de la comunidad ordenada no existe salvación. En efecto, existen aquellos que utilizan las armas propias de la inteligencia (las ideas, las opiniones, las creencias, las doctrinas, los ideales) para combatir el poder

constituido y, naturalmente, para tratar de construir otro que consideran mejor. Del mismo modo, existen, en contraposición, aquellos que ejercitan su influencia para consolidar el gobierno de su país³⁷.

¿Quién tiene razón y quién se equivoca?. El primer punto de vistapresupone un juicio de valor negativo sobre el poder político al sostener que «la tarea política de los intelectuales es aquella de combatir el poder, partiendo del presupuesto que el poder constituido, cualquiera que este sea, es un mal en sí mismo»; por su parte, el segundo punto de vista presupone un juicio de valor positivo sobre el poder político y afirma que la función política de los intelectuales no consiste en combatir el poder, ya que «el poder constituido, cualquier que este sea, es un mal menor respecto a la disolución del poder que abre las puertas a la anarquía y a la guerra civil (...) la función de los intelectuales consiste (...) en defender las razones del poder»³⁸.

A partir de estos juicios de valor sobre el poder político pueden ser identificados diversos grados de compromiso político de los intelectuales. En este sentido, Bobbio propone la siguiente tipología: 1) los mismos intelectuales están en el poder; 2) los intelectuales ejercitan su influencia sobre el poder, quedándose fuera pero elaborando propuestas que pueden o no ser consideradas; 3) los intelectuales desarrollan la función de legitimar el poder constituido; 4) Los intelectuales se colocan en una actitud de constante crítica del poder; 5) los intelectuales consideran que su función es aquella de no tener ninguna relación con el quehacer de la *polis*³⁹.

Resta el hecho de que, en cada circunstancia, la función política de los intelectuales «no tiene un valor absoluto» porque puede cambiar de acuerdo con los diferentes momentos históricos. En tal sentido, el 'juicio que el intelectual da sobre el poder', sobre sus varias formas y sobre sus consecuencias, sean estas buenas o malas, sobre la existencia de un poder o de un contra-poder,

35. Norberto Bobbio, «La resistenza all'oppressione oggi», en *L'età dei diritti*, Turín, Einaudi, 1990, p. 159.

36. Norberto Bobbio, *Intellettuali*, op.cit., p.806

37. «Pero, ¿se puede comparar a quien promueve el consenso para salvar un Estado democrático amenazado por la violencia subversiva de derecha y de izquierda, un Estado que admite el disenso; con quien se inclina a solicitar consensos a un Estado totalitario donde los disidentes son castigados o suprimidos?». Cf. Norberto Bobbio, «Come i polli nella stia», en *L'utopia capovolta*, La Stampa, Turín, 1990, p.8.

38. Norberto Bobbio, *Quali Intellettuali per quale politica*, op.cit., p.9.

39. Norberto Bobbio, «Presenza politica della cultura», en *Studi Sienesi*, XC (III Serie), fasc. 3, 1978, p.324.

o sobre la posibilidad de que no exista ninguno de estos dos tipos, puede cambiar según el tiempo y las circunstancias históricas. Esto, según una constatación empírica de acuerdo con la cual los opositores del poder se convierten en sus defensores cuando éste cambia de signo. Del mismo modo, acontece que los apasionados del compromiso se convierten en promotores del no compromiso cuando se dan cuenta de que el objeto de sus aspiraciones no corresponde más a sus ideales.⁴⁰

Bobbio afirma que no existe una sola política de los intelectuales sino que es posible identificar muchas, ya que existen diferentes interpretaciones sobre su función política: «el discurso sobre la función de los intelectuales me ha parecido siempre genérico y estéril, ya que no existe una sola categoría de intelectuales de la que se pueda decir que tiene una tarea específica en la sociedad, estos son, en cambio, quienes trasmitten las ideas y las doctrinas, a veces con profundas diferencias»⁴¹.

Otro aspecto fundamental de la caracterización formulada por Bobbio es que la función política de los intelectuales no debe ser, en ningún modo, confundida con el tipo de participación política que éstos pueden llevar a cabo dentro de un partido, de una iglesia o de un Estado. Asimismo, es importante tener presente que cada sociedad concibe de manera diferente a quienes considera los representantes del poder ideológico y, en tal sentido, se considera que una definición neutral acerca de la función política de los intelectuales tiene el mérito de acentuar sobre todo la relación existente entre la función

de los hombres de cultura y el poder político⁴².

En relación con este punto, el autor precisa que «la función política depende *in pīmis*, de la disposición que tiene el hombre de cultura frente a los problemas políticos de su tiempo». En este marco analítico podemos establecer una primera premisa: no existe una sola política de los hombres de cultura que tenga validez absoluta para todos los tiempos y, por lo tanto, resulta incorrecto decir qué cosa deben hacer los intelectuales para todas las circunstancias históricas. Este es un problema que tiene múltiples respuestas y que puede ser analizado a través de distintas ópticas y en diferentes direcciones. Hemos sostenido que cuando se pretende generalizar sobre la función política de los intelectuales se comete un grave error ya que, aunque los intelectuales elaboran y propagan ideas, doctrinas y a veces enteros sistemas filosóficos, entre ellos existen grandes diferencias. Respecto a la política: existen los utopistas y los realistas, los fanáticos y los cínicos, los amigos y los enemigos del poder constituido, los comprometidos y los indiferentes. Respecto a las religiones constituidas: los creyentes y los no creyentes. Respecto a la historia pasada, los tradicionalistas y los innovadores. Respecto a la historia futura, los pesimistas y los optimistas⁴³.

Se puede concluir, por lo tanto, que el problema general de la relación entre los intelectuales y la política es un falso problema. Según Bobbio, el acento debe ser puesto no tanto en el contenido como en el 'método', porque no existe un solo problema general acerca de la relación entre intelectuales y política sino que

40. Norberto Bobbio, *Quali intellettuali e per quale politica*, op.cit., p.9.

41. Norberto Bobbio, *Maestri e compagni*, Florence, Passigli Editore, 1984, p.7.

42. En otras palabras, Bobbio estudia las relaciones existentes entre el poder ideológico, el cual se sirve de la posesión de ciertas formas de saber para ejercer influencia sobre el comportamiento ajeno y el poder político, que es definido como «el poder que está en posibilidad de recurrir en última instancia a la fuerza (y es capaz de hacerlo porque detenta su monopolio)». Cfr. Norberto Bobbio, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Mexico, FCE,1989, p.111.

43. Norberto Bobbio, «Prefazione», en *Maestri e Compagni*, op. cit., p.7 cit., p.64.

existen tantas soluciones como diversa es la temática⁴⁴.

Por tanto, el problema de los intelectuales debe ser planteado en modo tal que pueda ser analizado individualmente, ya que quien escoge una determinada postura, debe ser ubicado dentro de un determinado contexto histórico para poder resaltar las finalidades políticas de los sujetos interesados.

En realidad nos atrevemos a afirmar que existe en Bobbio una línea de continuidad en su concepción sobre la función política del intelectual, la cual ha sido mantenida hasta nuestros días a pesar de sus múltiples reformulaciones y replanteamientos. Por ejemplo, si comparamos un artículo escrito en 1951 donde Bobbio sostiene que «la tarea de los hombres de cultura es hoy más que nunca aquella de sembrar dudas y no aquella de recoger certezas»⁴⁵, con algunos párrafos escritos años después en los cuales afirma que los intelectuales «no pueden substraerse de las específicas responsabilidades políticas que derivan justamente de su calidad de hombres de cultura y de la conciencia de que a la cultura le corresponde también una función de crítica, de control, de regeneración y de creación de valores, que es a corto y a largo plazo una función política, obligatoria y eficaz, sobre todo en tiempos de crisis y de renovación»⁴⁶.

Esta tesis relativa a la tarea crítica de los intelectuales adquiere mayor consistencia cuando Bobbio se refiere a la «función de mediación» del intelectual, la cual es expresada con claridad en los años setenta cuando afirma: «a los intelectuales no les corresponde la tarea de reproponer fórmulas y de recitar cánones. Les corresponde una labor de mediación. Y mediación no significa

síntesis abstracta, mirada olímpica, alejamiento mágico, sino el observar (...) con el interés del más fervoroso de los espectadores y al mismo tiempo con el desinterés del más rígido de los críticos (...) Pienso que esta labor de mediación en la actual circunstancia histórica es extremadamente importante y digna de ser llevada a cabo»⁴⁷.

En sus más recientes declaraciones, Bobbio reafirma su concepción acerca de la función política de los intelectuales sosteniendo que: «durante los años que llevo entablando discusiones con intelectuales de una y otra parte, he pregonado loas al mediador quien, en el conflicto, se sitúa por encima de los partidos, tratando de buscar y encontrar alguna posibilidad de acuerdo»⁴⁸.

Estos ejemplos demuestran que las reflexiones de Norberto Bobbio constituyen una importante referencia para analizar esta problemática, enseñándonos, con su propia actitud, que cuando un intelectual discute sobre su función y sobre su responsabilidad ante la sociedad debe aprender a respetar una 'regla de oro' que puede ser expresada con pocas palabras: sólo a través de una actitud crítica y tolerante es posible establecer, con igual dignidad y respeto, el diálogo con aquellos interlocutores que no piensan del mismo modo. Es justamente en este sentido que Bobbio está convencido de que «la batalla por el diálogo es una batalla política por el desarrollo de la democracia». Sin duda, este conjunto de reflexiones acerca de la función política de los intelectuales puede ser considerado como un punto de partida útil en la necesaria –e imposible– tarea de analizar con método el papel que han desempeñado los intelectuales, no sólo europeos sino de América Latina, frente al poder político, durante el presente siglo.

44. Norberto Bobbio, *Quale intellettuali per quale politica*, op.cit., p.9.

45. Norberto Bobbio, «Invito al colloquio» en *Política e cultura*, Turín, Elinaudi, 1955, p.15.

46. Norberto Bobbio, «Croce e la política della cultura», en *Política e Cultura*, op. cit., p.101

47. Norberto Bobbio, «L'attività di un intellettuali di sinistra», en *I comunisti a Torino 1919-1972*, Roma, Ed. Riuniti, 1974, p.230.

48. Antonio Gnoli, «Il labirinto e la storia», en *La Repubblica*, martes 28 setembre 1993, p.33; reproducido con el título: «Bobbio, el poder y los intelectuales», en *El Nacional*, lunes 1 de Noviembre de 1993, p.14.